

*DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. SALVADOR VELARDE G., a
nombre de los ex-alumnos del Dr. Luis F. Xammar.—*

Señor Rector:
Señores Decanos:
Señores Catedráticos:
Señoras y Señores:

Fué tan inesperada y violenta la muerte de Luis Fabio Xammar que no pudimos percibir en el primer momento el exacto significado de lo que con él perdíamos. Pero los días que transcurren desde la despiadada catástrofe nos están haciendo sentir más claramente el hondo vacío que ha dejado Xammar, y experimentar un creciente y desavenido pesar ante tan doloroso infortunio.

No debe intentarse expresar los impulsos de rebelión frente a esta tragedia sin sentido. La ineficacia de las palabras convencionales desvirtuarían el íntimo y personal significado de nuestra pesadumbre.

La muerte ha concretado en el tiempo a un Xammar trunco, impidiendo que las infinitas posibilidades de un hombre especialmente dotado alcanzaran su lógica y normal realización, y cortando con inesperada crueldad una vida presidida por la irónica actitud de hombre inteligente y risueño, y con ese difícil equilibrio de los espíritus vigorosos y selectos.

Con la inquietud de los poetas, se sentía impelido hacia otras tierras, creyendo encontrar en lontananza maravillosos y cautivantes estímulos para su espíritu. Era natural que la absorbente gestión administrativa —que él con tanta eficacia cumplió— terminara por exacerbar sus poéticos anhelos de liberación y fuga. Este viaje, que iba a ser paréntesis en la árida tarea, debía llevarlo a tierras que él deseaba con vehemencia conocer. Todo conspiró contra la realización de este propósito. Pero con tenacidad de predestinado, venció los obstáculos que se oponían a su proyecto, sin lograr, desgraciadamente, su realización.

Con Xammar ha desaparecido algo más importante que un escritor. Ha desaparecido un maestro. Aunque no hubiera escrito una sola página, su muerte, quizás menos notoria, habría sido igualmente irreparable.

Los que fuimos sus alumnos podemos afirmar que fué una rara excepción en el ejercicio del magisterio universitario. Su excepcional calidad no se fundaba en la exposición brillantemente efectista, que es ca-

racterística con que muchos imaginan al maestro mejor. Al contrario, su exposición era fina y sutil; perdiéndose a menudo en la impasibilidad de nuestras mentes poco ejercitadas. La exposición, sin embargo, en ninguna forma es la esencia de la enseñanza. Otra es ésta, y Xammar la poseía por derecho propio y no por cumplir con los dictados orientadores de la pedagogía nueva.

Su vocación y su experiencia hicieron de él el más eficaz de los maestros. La inagotable esperanza que tenía en sus alumnos fué su permanente estímulo. Entre el conjunto heterogéneo e inasible buscaba a quienes podían corresponder a esta esperanza. Su aliento, su ayuda, no tenían límites cuando creía haberlos descubierto. En cada año universitario se producía en el espíritu de Xammar el mismo proceso: búsqueda, hallazgo (erróneo o acertado) y ayuda.

A los demás, a quienes pasan por la Universidad sin un interés de auténtica raíz cultural y por una equivocada necesidad, Xammar dedicaba su esfuerzo descorazonado y burlón, aunque siempre benévolo, procurando realizar por ellos lo que ellos mismos se negaban a hacer.

Su atención estaba siempre dirigida hacia los alumnos de buena voluntad. Sobre ellos ejercitaba apremio y presión constante y amistosa. Obligaba a trabajar, creando un sentimiento de deber consigo mismo. Nunca recurría a exhortaciones formales de disciplina. Su interferencia con la personalidad del alumno era insensible, entendiendo su papel en el sentido de dar a ésta su máxima expresión.

En su conducta y en su método era fácil comprobar que jamás pensó que el alumno de hoy puede ser el rival de mañana. Su preocupación permanente era promover la manifestación espiritual de sus discípulos, contribuyendo a destruir las trabas que a ella se oponían. En el aprendizaje el alumno tenía un papel activo. Exigía implacablemente que se escribiera, que se publicara, que se dictara conferencias. Los que tuvimos la suerte de coincidir con Xammar cuando era co-editor de la excelente revista "3", nos encontramos no sólo con sus páginas a nuestra disposición, sino presionados a colaborar. Cuando fué director de conferencias de "Insula", un público paciente que él lograba reunir escuchaba nuestros primeros ensayos. Y los que pasamos por la Facultad de Letras como camino obligado para llegar a los estudios de Derecho, nos encontramos graduados en Literatura, casi sin saber cómo, pero gracias a la constante preocupación de Xammar.

La vinculación de Xammar no terminaba en la Universidad. El maestro, cuando oficialmente dejaba de serlo, continuaba manteniendo con sus alumnos una amistad que muchas veces alcanzó grados de verda-

dera intimidad. Y siempre el apremio continuaba. Sabía cuidar en sus amigos que el trabajo y la diaria ocupación no los absorbiera totalmente. Y sabía buscar siempre una oportunidad para que sus antiguos alumnos continuaran expresándose.

Luis Fabio Xammar inició su carrera de profesor universitario el mismo año que la promoción a la que pertenezco ingresó a San Marcos. De aquello hace apenas nueve años. Nueve años que, sin embargo, han sido suficientes para que podamos considerar a Xammar como la figura simbólica de ese período.

La muerte de Xammar ha sido pérdida irreparable para quienes fuimos sus amigos. Ojalá que no tenga ese carácter para los alumnos de buena voluntad que estaban ahora en pos de sus enseñanzas y de su guía. Yo quisiera que quienes hayan de ocupar su lugar vacío recuerden siempre lo que él supo muy bien: que entre los rostros más o menos interesados que contemplan al maestro, hay siempre el de alguien que merece algo más que escuchar y que sin saberlo él mismo, está esperando ayuda.

Y nosotros, sus ex-alumnos, rendiremos nuestro mejor y más íntimo homenaje a la memoria de Luis Fabio Xammar, manteniendo vivo el impulso que nos comunicaban su presencia y su compañía.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»